

## **Es conveniente una Reforma de Estructura en la Universidad Colombiana?**

**Por Jaime Sanín Echeverri**

Como el órgano y el canto gregoriano, como el estilo gótico y sus catedrales, como el cantar de gesta y La Divina Comedia, como las lenguas romances, como los vitrales y los mosaicos, como Fra Angélico y el Giotto, la escolástica y la Universidad son frutos de la Edad Media, sin los cuales nuestra cultura de hoy no sería. La Universidad los comprende y en alguna manera los crea, los aquilata, los transforma y los transmite. Para algunos, la Universidad es la plena expresión de lo universal en la Europa medioeval. No estamos de acuerdo. La Universidad, por su esencia, por su definición, por su nombre mismo, rechaza los adjetivos que la limitan. Es la expresión de lo universal. Aunque para Ortega y Gasset la Universidad es europea o no es universidad. Aunque para otros la Universidad, para llamarse tal, haya de ser medioeval y resulten tan anacrónicas las de hoy que así se llaman como las catedrales góticas erigidas en hormigón, o los modernos órganos litúrgicos accionados por electricidad. Por más que afirmen que es imposible hoy escribir un cantar de gesta o componer un motete auténticamente gregoriano, la Universidad, una y versátil, abstracción del todo, será en cada siglo la expresión de lo actual, la reflexión del pasado y la proyección del futuro. Ni lo temporal ni lo espacial, ni siquiera lo terrestre y lo celeste, lo natural y lo sobrenatural, la confinaron en su cuna. Cuandoquiera que le imponemos una alinderación la estamos desfigurando.

Volvamos un poco a la mentalidad del siglo XIII para hallar en la simbología no sólo lo poético sino el medio de clarificación de la abstracto por la imagen concreta. La Universidad es el árbol, la copa, la columna. Las raíces del árbol, el pie en que se asienta el cáliz, el fundamento invisible y la base visible de la columna son la filosofía. En ella se estudiaban las siete artes, aquellas que el Gran Kan solicitó que fueran llevadas por el padre de Marco Polo desde la corte pontificia a su lujoso imperio oriental, un profesor para cada una: la gramática, la lógica, la aritmética, la retórica, la geometría, la astronomía y la música. Marco Polo, el analfabeto doctísimo, transmitió esta noticia a la

posteridad en su libro "El Milione", tomado de su boca por el compañero de prisión en la cárcel genovesa.

El tronco del árbol, el centro por donde se une la copala columna propiamente dicha, la constituyen dos profesiones humanas: el derecho y la medicina. De ahí arriba, la copa del árbol o el capitel de la columna o el recipiente del cáliz es la sagrada teología.

Se conjugan así los estudios humanos, incluídos el derecho y la medicina, y el estudio de la divinidad. Por eso se habla de las humanidades y de la divinidad. Por eso todavía la Universidad sajona conserva su estudio de "Divinity" donde forma los pastores. La Universidad Latina, desde el concilio de Trento, perdió su corona, la reina de las ciencias, cuando los clérigos fueron retirados al seminario, que por ello se llama conciliar, y quedó reducida a los estudios humanísticos, a los humanos, a aquellos que se adelantan por la mera razón, sin auxilio alguno de la revelación, a los que están al alcance de la gentilidad y de los catecúmenos como el atrio y el primer recinto del templo y como el principio de la misa.

Árbol, copa o columna, en el diseño casi abstracto de la heráldica, el símbolo es el mismo. Mejor el árbol, producto de la naturaleza, porque a su imagen el hombre construyó la columna y labró el cáliz. Radica en la tierra, se eleva como el hombre en el tronco de las humanidades, alcanza hasta Dios, hasta el cielo en su fronda teologal. Nada hay extraño abajo ni arriba. Todo en el árbol universitario coincide y armoniza.

El árbol es la cruz. El árbol es la T del Te Igitur con que empieza el canon de la misa, bordado de oro y grana por los miniaturistas en todos los misales medievales. Y la T es el trivium: Theología, Jus, Ars médica.

Bajo la cruz está el ara, el monte calvario, la peana. Es el Quadrivium. Studium generale. La colegiatura. Son los estudios humanos. Los clásicos. El paganismo. La maravilla del pensamiento griego, Aristóteles y Platón. Y el diálogo con la sabiduría oriental, con la arábica de Aberrocs, casi fundadora de la Universidad en el Califato de Córdoba. La matemática y la retórica. La música y la gramática es la razón que discurre por sí misma con la más amplia libertad, segura sí de que no podrá jamás haber conflicto entre la ciencia y la fe, porque la fe es ciencia también. Es el cristianismo que estudia con avidez el paganismo sin temor de contaminarse, porque se siente seguro. Siete artes, número primo, cifra cabalística, como el tres del Trivium.

El día de la graduación, cantando el "gaudeamus igitur" en su maravillosa polifonía, los jóvenes se coronan de laurel y se embriagan de vinos meridionales en honor de Baco. Es el bachalaureatus.

De entre los graduados, los mejores escogen una facultad en el Trivium. Son tres facultades por las tres facultades del alma. Tres como ellas: Teología porque mira el origen del hombre, volviendo atrás la vista, como la memoria. Derecho, reflexivo, que vuelve sobre sí mismo, sobre la humanidad, abstrayendo, generalizando, como el entendimiento, hasta hallar la justicia. Y la voluntad, el bien, la Medicina: el querer estarse aquí en el mundo y conservarse y multiplicarse. Tres porque son tres las divinas personas: el Padre, de quien todo procede

y a quien todo se dirige, como la revelación teológica; el Hijo, que es la palabra como el derecho y el Espíritu Paráclito o consolador, como la medicina ante el misterio de la muerte. Tres facultades porque tres son las relaciones esenciales del hombre y sus problemas e interrogantes: la relación con Dios, teológica; la relación con los demás hombres, jurídica; la relación consigo misma, médica.

Este esfuerzo por la unidad de lo humano y lo divino lo llamaron universidades: la sabiduría pagana con el cristianismo; todas las naciones; todas las artes y las ciencias; los maestros de todos los pueblos; los discípulos colegiados de todas las naciones. Armonía de los entes reales y de los entes de razón. De lo revelado y lo intuído. De la deducción y la inducción. Del análisis y la síntesis. De París o Salamanca, Bologna o Coimbra, Oxford o Heidelberg. La Filosofía como integradora de las humanidades. La Teología como reina y corona de las ciencias.

El protestantismo, como todos los grandes movimientos, las grandes revoluciones, fue universitario. El libre examen, aceptado en las humanidades, es llevado a la divinidad. La libre interpretación de la biblia por la mera razón, baja la teología desde la copa al tronco del árbol. Por su parte la contrarreforma separa la teología del cuerpo universitario, y así la Universidad se refugia, hasta el enciclopedismo, en la filosofía y en las humanidades como medio para llegar a ella.

Pero las humanidades debían su nombre y su estructura a la coexistencia con el misterio, con la revelación, con el cielo. Desembocamos en el enciclopedismo. Lo erudito suple la sabiduría. Se estudian las lenguas clásicas más que a los clásicos. Se investiga el pensamiento de todos los filósofos en vez de filosofar. Una columna fría y muerta, en la cual se adelantan estudios dieciochescos de humanidades, ciencias y artes, suple la raíz viva y creciente del árbol universitario. La Sorbona como la Grecia antigua, se ha convertido en escuela de sofistas, y con su decadencia caen las universidades latinas, de las cuales apenas subsisten las formas. El gremio universitario, como todas las corporaciones y colegiaturas, sucumbe al golpe individualista de la revolución francesa.

La Universidad, que era real y pontificia, con la caída de los reyes no es ya más instrumento de la corona, y con el laicismo de Francia no quiere tener relación con la Iglesia. La humanidad no puede vivir sin el misterio y las humanidades sin el dogma quedan truncas.

Se olvida la esencia colegiada de la Universidad y se habla de ella como un conjunto de escuelas de alto nivel en las cuales se preparan los profesionales liberales. La Real y Pontificia Universidad había sido traída a nuestra América española, Santo Domingo y San Marcos de Lima, México y Guatemala. Bogotá, sus treinta mil habitantes llegan a tener tres universidades y su Colegio Mayor. Por qué nos quejamos tanto de esta proliferación decadente cuando llegamos hoy a la docena de universidades en una ciudad? Reflejaban la división entre las órdenes religiosas. Los jesuitas no podían ser menos que los dominicos con su Universidad tomista fundaban la Javeriana. Pero los recoletos no podían ser menos que los jesuitas, y fundaban la agustiniana. Tras muchos escritos a la corte de Madrid y a la pontificia, llegábase la autori-

zación de conceder los grados salmantinos de bachiller, magister y doctor en teología y en ambos derechos. El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario cultivaba de preferencia las humanidades, la filosofía y letras en nuestra expresión.

La dificultad de crear universidades por el trámite aciago en las cortes real y pontificia llevaron a los jesuitas, desde San Ignacio, a la creación de Colegios Mayores, en los cuales se cursaban los estudios de filosofía y letras, artes y humanidades, admitidos por la Universidad. Tal la separación del bachillerato. Excelente como preparación a las profesiones sí, pero era también privar a un árbol, ya desprovisto de ramaje, de sus raíces.

Nos aparece así la Universidad decimonónica, individualista, simple yuxtaposición de escuelas feudales, a veces cada una con su rector y por encima de todas, con una autoridad casi simbólica apenas, el rector magnífico. Larga columnata sin piso y sin techo. Desapareció de la Universidad el pensamiento de los griegos. Desapareció de la Universidad el estudio bíblico y cristiano. Desaparecieron las humanidades. No se cultiva en ella la historia porque no es disciplina lucrativa. La filosofía es inexistente. Como si a los dieciocho años se pudiera ser filósofo o historiador o matemático, las disciplinas llamadas profesionales, las lucrativas, llenan el ámbito de las facultades, que no dialogan entre sí. La Universidad no es ya una comunidad de hombres de varias generaciones consagrados a la búsqueda de la verdad y a la extensión de los bienes derivados de ella entre todos los hombres. Su fin es el de formar buenos profesionales. Se desentiende de la cultura general, a la cual mira con cierto menosprecio. Deja la transmisión de la cultura a maestros que no la han alcanzado en el grado universitario y a estudiantes que no han llegado a la madurez. Limita la altura cultural a niveles mínimos. Las humanidades han desaparecido de la Universidad. La divinidad también. Qué resta entonces de su famoso árbol? Un tronco sin vida. Columna sin base y sin capitel, sin cielo ni suelo. Asa de lo que fue un cáliz en cuya base estaban el hombre y la tierra y en cuya copa se servía a Dios y el cielo.

Son los nuevos bárbaros, tan bien descritos por Ortega: los profesionales.

El Derecho acaso conservó alguna característica universitaria. Su pequeña escuela, principalmente en los países latinos, mantuvo, a través del derecho romano, vínculo con las humanidades.

La Medicina fue enriquecida con lo experimental. El arte médica ha tenido un florecimiento increíble.

La Física y la Química hallaron su expresión matemática y sus aplicaciones dieron lugar a las ingenierías modernas. La Farmacia, ya desde la Edad Media cuando era más botánica que química, hizo reconocer su diferencia con la medicina.

Aunque se haya creído, pues, que la universidad desapareció con el individualismo, por más que esto la haya desfigurado, resurge como los gremios, como el simbolismo, como tantas cosas que fueron desdénadas por medioevales, pero a las cuales regresamos.

La yuxtaposición de escuelas profesionales que caracteriza el siglo pasado con el nombre de universidad, nos trae una indefinida se-

rie de facultades, cada una de las cuales reclama para sí la igualdad en el gobierno de la universidad y constituyen el consejo académico o directivo; medicina resulta igual a estadística, derecho a matemática, ingeniería civil a sociología, odontología a sociología, química farmacéutica a medicina veterinaria, ingeniería industrial a economía, ingeniería química a servicio social, educación a agricultura, enfermería a administración de negocios, administración pública a arquitectura. Consejos universitarios como parlamentos en que cada cual hablaba una lengua bárbara. Tan lejos se tiene el concepto de la unidad de la ciencia, que por doquiera aparecen la Normal Superior, el Instituto Técnico, el Politécnico, la Escuela de Bellas Artes, la Universidad Agrícola, la Escuela de Minas. La Universidad se ha desintegrado como el latín en los romances.

Un esfuerzo grande se hace por sectorizarla. Se habla del sector biológico, del sector humanístico y del sector matemático. Algunos intentan dividir sus facultades entre los reinos de la naturaleza: estudios animales que encabezarían la medicina humana, seguida por la medicina veterinaria y por los estudios de la industria animal; sector vegetal con su ingeniería agronómica y sus técnicos agrícolas, quizás olvidados de la botánica; y el sector mineral, en el cual pretenden encuadrar desde la astronomía hasta las especialidades ingenieriles de petroquímica.

Es el politécnico. La Universidad no puede desviar la respuesta a los grandes interrogantes. Para qué estamos aquí? La materia que nos rodea existe o no existe? Es eterna o es destructible? Terminamos con la muerte o seguimos otra vida? Y el amor? Y el arte y la belleza? La pintura, la escultura, la música son valores humanos o debemos olvidarlos y destruirlos? Las bellas letras? El pensamiento de los grandes hombres de la humanidad dónde va a estudiarse? O que no se estudie? Y quiénes van estudiarlo? Acaso los niños menores de dieciocho años solamente? Son estas, acaso, disciplinas para párvulos?

Este es el problema de la reconstrucción de la universidad, piedra sobre piedra, como una catedral antigua que hubiera sido derruida por las bombas, pero cuyos sillares quedaran intactos.

Nosotros sabemos que en el mundo de hoy, el hombre ha logrado desintegrar el átomo y superar con mucho la velocidad de la tierra en su gravitación. Tales hechos son humanos pues nada tienen de milagro ni de misterio. En la concepción universitaria pertenecen a las humanidades. El nuevo humanismo en nada nos separa del viejo. Acaso la matemática, que es la lógica misma, pueda presidirlo.

Los estudios generales a nivel universitario nos volverán a lo orgánico de la cultura. No es la repetición del bachillerato o la escuela superior o la enseñanza media. Es echar las raíces en las ciencias básicas y en las artes. La biología de hoy debe ocupar el sitio que acaso correspondía a la gramática. La sociología, la física, las lenguas, la historia, la matemática, en lugar de meros estudios productivos para quienes a ellos dediquen profesionalmente su vida, son algo más: requieren nutrir al hombre culto de hoy, inclusive para que logre ser un buen profesional. "El que sólo medicina sabe, ni medicina sabe" vienen diciendo los médicos hace siglos.

El hombre universitario no es el que conoce bien una técnica sino el enamorado de la verdad y del servicio al hombre. El título universitario por excelencia no es el bachillerato ni la maestranza ni el doctorado. Es el scholar, que consagra su vida toda al saber y al servicio.

No vamos, por ello, a despreciar las escuelas profesionales ni los títulos que la Universidad otorga para el ejercicio de las profesiones. Afirmamos que valen tanto, universitariamente, los títulos académicos como los profesionales. Ser astrónomo o sicólogo, matemático o economista, músico o pintor, profesor o fitopatólogo unas veces será profesión como ser médico, abogado, odontólogo o ingeniero, pero siempre será un título universitario. Dónde si no en la Universidad podrán formarse los astronautas y los bioquímicos, los historiadores y los biólogos, quienes consagren su vida al estudio de una sola familia microscópica al servicio de la humanidad y quienes continúen en equipo la aventura de preparar el viaje que ellos no harán a la luna, a los planetas y después a las estrellas?

El contenido de cada uno de estos hombres selectos entre sus conciudadanos para el mejor servicio a su pueblo no puede ser solo en disciplinas que directamente resulten útiles al ejercicio profesional, porque ante todo esas disciplinas requieren las bases, las raíces, los fundamentos que las nutren. Así el plan de estudios de cualquiera de nuestras escuelas ha constado siempre y tendrá que constar al menos de dos partes: las ciencias básicas y las disciplinas profesionales. Pero no podemos seguir con los planes absolutamente rígidos, monolíticos, minerales. Debemos volver al símbolo vivo del árbol, en cuya aparente inmovilidad esconde savias vitales que lo nutren; respira, crece, se multiplica, vive. Si el humanismo en este regreso al antropocentrismo representa lo que la Teología para el teocentrismo medioeval, en lugar de esos profesionales producidos en serie, con un plan exacto de estudios, con contenido cultural y vivencias exactas, y dejando siempre al margen lo universal y libre por lo particular y obligatorio, la Universidad de hoy, como la de entonces, debe graduar hombres ávidos de saber, movidos por la curiosidad hacia todos los puntos cardinales de la ciencia y hacia los interrogantes del cielo y del abismo, del arte y del misterio, del todo y de la nada, del orden y del caos. Satisfagan ellos, a más de sus requerimientos productivos para sí y para el servicio especializado, su tremenda curiosidad personal ante las ciencias y las artes. Así el plan de estudios de cada hombre que llega a la Universidad debe contener tres sectores: el básico que no puede resolverlo cada escuela porque es universitario, el profesional y el complementario, éste que satisfaga su individual necesidad de cultura. Podrá entonces el médico volver a filosofar un poco, el abogado que lo desee ser matemático, el ingeniero formarse en música, el odontólogo ser un tanto sociólogo y el agrónomo expresarse por escrito con propiedad para llevar adelante una política agraria. Llenaremos los vacíos culturales dejados entre las columnas profesionales. Muchas carreras universitarias podrán hacerse dentro de los Estudios Generales, con sujeción a planes de estudios sabiamente meditados, con agregación de unas cuantas cátedras especializadas, sin necesidad de tener tantas escuelas cuantas carreras, cada

## *Es Conveniente una Reforma de Estructura en la Universidad Colombiana?*

una con su decano, su secretario, su dactilógrafa, su edificio, su claustro profesional, reclamando para sí la autonomía que quitan al Alma Mater. La Universidad dará a la patria mentes universales capaces de dirección y conducción.

Mediante la creación de los estudios generales en la Universidad, que no es una facultad más sino la comunidad vivida por todas las facultades, la que las nutre como raíz, la que las eleva y perfecciona, la que investiga en humanidades y ciencias puras, la que no recorta el conocimiento a la altura del profesional medio, sino que lo extiende hasta donde sean capaces sus miembros, la Universidad queda enriquecida: puede recibir a todos los hombres idóneos para la cultura superior sin las calificaciones excluyentes de la especialidad; puede hacer orientación, selección y promoción profesional dentro de su claustro; puede formar hombres con títulos medios en escala imposible en la organización actual; y puede, por sobre todo, llevar las disciplinas universitarias al más alto grado de la ciencia, mediante el trabajo en equipo de sus mejores hombres y crear de nuevo una vida comunitaria en la cual todas las ciencias y las artes dialoguen y hallen sus íntimas relaciones para reconstruir la unidad de lo verdadero.

Cuando nos reunimos, después de las dilatadas discusiones de El Paso, a meditar en sus conclusiones, señores rectores y delegados, no se trata en verdad de que vamos a trasplantar sin aclimatación el joven árbol altísimo y robusto de la universidad estadounidense a este clima criollo y tropical en el cual se agotaría en breve. Deseamos volver la Universidad que tenemos en nuestras manos a su esplendor prístino, con toda su tradición colombiana, hispanoamericana, latina, adecuándolo a la vieja esencia de la Universidad, con el aprovechamiento máximo de nuestros propios aportes culturales, pero con la bienvenida a todas las influencias cultas que puedan venirnos de otras partes del mundo. Si no fuera así no seríamos universidad.

Cuando Jefferson va a Alemania a aprender universidad para que la de su país no sea una colonia intelectual de Oxford repite el viaje de los romanos a pedir sus leyes a los griegos. Nosotros bien sabemos que nuestro pueblo será mañana lo que sea nuestra Universidad hoy. Conformemos su estructura actual a lo que deseamos que sea esa nación maravillosa del mañana, Tierra Firme, de la cual solo son ciudadanos hoy nuestros poetas y nuestros profetas, que este servicio, el de hacer coincidir el Estado con la Nación, comunidad de habla, de historia, de costumbres, de fe y de destino, es el primero que el pueblo pide a su Universidad y el primer deber de ella con su pueblo.